

# EL ASEDIO DEL ALCÁZAR: MITO Y SÍMBOLO POLÍTICO DEL FRANQUISMO (\*)

Por ALBERTO REIG TAPIA

*Subvertere fidem, veritate corrumpiret, scinderet unitatem.*

*Thascius Caecilius Cyprianus (SAN CIPRIANO),  
De Catholicae Ecclesiae unitate.*

## SUMARIO

EL ALCÁZAR COMO ARQUETIPO.—LA FUNCIONALIDAD POLÍTICA DEL MITO.—LA EPOPEYA DE  
«EL ALCÁZAR».—LOS HECHOS: CIIANTAJE, BOMBARDEO Y «SACA».—CONSIDERACIONES FI-  
NALES.—BIBLIOGRAFÍA.

A pesar del tiempo transcurrido desde la muerte del general Franco, definitivamente ante la Historia como fue siempre su más ferviente deseo desde los mismísi-

---

(\*) Una primera versión del presente texto fue la ponencia «El asedio del Alcázar como paradigma de la mitología política del Franquismo», presentada en el curso «Los Asedios en la Guerra Civil Española. Revisión historiográfica», celebrado en Andújar del 26 al 28 de octubre de 1995 y organizado por la Universidad de Jaén, el Ayuntamiento de Andújar y la Diputación Provincial. Agradezco al coordinador del curso, el profesor Salvador Cruz Artacho, su amable invitación que me dio la oportunidad de hacerme algunas breves consideraciones teóricas en tanto que politólogo sobre la dificultad analítica de los mitos políticos así como reflexionar públicamente sobre la funcionalidad política de los mismos, su carácter epopéyico y su utilización propagandística. Utilicé para ello el asedio del Alcázar de Toledo en 1936. La airada intervención de un asistente, tras la glosa crítica que hice de la famosa conversación telefónica entre el coronel Moscardó y su hijo Luis, acusándome de pretender negar con ello (!) el valor y el carácter heroico del asedio (!), es muestra más que elocuente de hasta qué punto se cumple la vieja máxima de San Cipriano que abre estas páginas, debidamente revisadas y complementadas con el aparato crítico habitual y la bibliografía más reciente para su publicación. La anécdota resulta no por trivial menos ilustrativa del fuerte condicionamiento que ejerce la memoria personal sobre el conocimiento histórico.

mos orígenes de su investidura totalitaria, el Franquismo —reducido ya a categoría, es decir, a simple elemento de clasificación científica— no deja de levantar polvaredas y desatar polémicas como un reciente programa de TVE del periodista Luis Herrero sobre «Lo que queda del Franquismo» (*El debate de la primera*, 18 de noviembre de 1997), puso bien de manifiesto.

La capacidad propagandística del Franquismo fue especialmente notable desde sus mismos orígenes y llegó, dados sus excesos, a resultar grotesca. A través de ella intentaba el régimen ocultar su discutido origen: una insurrección militar («Alzamiento Nacional») que derivó en cruenta guerra civil («Cruzada de Liberación») (1) y una feroz represión que aún ha dejado una huella más indeleble (2).

Si bien el franquismo político es hoy inexistente, es imperceptible o está hibernado, el franquismo sociológico es una realidad manifiesta por la sencilla razón de que las mentalidades son muchísimo más renuentes a la «reconversión» que las tan volubles y deletéreas ideologías y adscripciones políticas, tan mudables e intercambiables de por sí, y cuarenta años de forzada despolitización democrática y adoctrinamiento político autoritario no pasan en balde.

Y es que el Franquismo, inmerso en su voluntad de autojustificación, en su necesidad de legitimación política, en su búsqueda de razón histórica, se sirvió, como cualquier Nuevo Estado con voluntad adanista, de abundantes imágenes y estereotipos de carácter mítico, fundamentalmente tomados de su gran epopeya guerrera que aún habrán de persistir durante bastante tiempo dada la eficacia de sus aparatos propagandísticos que actuaron a placer durante su prolongada etapa histórica sin límite alguno sobre el conjunto del sufrido y sufriente pueblo español.

Todo conflicto bélico genera necesariamente una épica y una lírica destinadas a servir de factor de cohesión interna de los combatientes. En el caso de una guerra civil esta tendencia natural se ve multiplicada por el hecho de que, al enfrentarse

---

(1) Para un análisis de los conceptos de «Alzamiento» y «Cruzada», véase ALBERTO REIG TAPIA: «La justificación ideológica del "Alzamiento"», ponencia presentada en el IV Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España, dirigido por Manuel Tuñón de Lara, celebrado del 23 al 25 de abril de 1987 en el Colegio Universitario Domingo de Soto, y publicado en JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO (ed.): *La II República española. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, págs. 211-237.

(2) Para una crítica metodológica de los estudios empíricos sobre el terror y la represión política franquista, véase ALBERTO REIG TAPIA: *Ideología e Historia. Sobre la represión franquista y la guerra civil*, Akal, Madrid, 1984 y 1986 (reimp.). He abundado en no pocos aspectos de la represión en *Violencia y terror. Estudios sobre la guerra civil española*, Akal, Madrid, 1990. Una breve panorámica actualizada sobre la importante e interminable cuestión de la cuantificación precisa de la represión franquista, en ALBERTO REIG TAPIA: *Franco «caudillo»: mito y realidad*, Tecnos, Madrid, 1995 y 1996 (2.ª ed.), págs. 205-209. Tratándose del tema polémico por antonomasia de la guerra civil nunca ha dejado de suscitar acaloradas discusiones. Un reputado especialista en el asunto, el historiador FRANCISCO MORENO, acaba de realizar una esclarecedora síntesis, «Las víctimas de la Guerra civil, cuestión pendiente para la Historia» (inédito) quien, a su vez, se encuentra trabajando junto con otros especialistas como SANTOS JULIÁ, JOSEP M. SOLÉ: SABATÉ y JULIÁN CASANOVA en una *Historia de la represión* que aparecerá en *Temas de Hoy* en 1999 con la pretensión de ofrecer un estado de la cuestión lo más actualizado posible.

compatriotas, las necesidades de justificación ideológica de la propia causa son más acuciantes aún dada la maldición bíblica del «cainismo».

La fraternidad no es ya un sentimiento natural entre hermanos, sino que ha querido hacerse de él un elemento ideológico de proyección universal. Recordemos la famosa declaración de principios del liberalismo que alumbró la Revolución Francesa: «Liberté. Égalité. Fraternité». Es tan poderosa su carga ideológica que fue utilizada por el mismísimo Franco (que, precisamente, se rebelaba para acabar con todo lo que significaba el Estado liberal), en su famoso manifiesto del 18 de julio, llamado de Las Palmas, donde se comprometía a hacer «reales en nuestra Patria, por primera vez y en este orden, la trilogía, fraternidad, libertad e igualdad» (3).

Por ello, cuando se está matando y justificando la matanza, no ya de nuestros propios hermanos si no hasta de nuestro propio padre (4), por razones meramente políticas e ideológicas, la necesidad de mitos políticos, capaces de sobredimensionar la propia realidad, de darle apariencia de ser más noble, digna y valiosa de lo que realmente es, de sacralizar nuestros propios actos y demonizar los de nuestros enemigos, llega a hacerse imperativa para nuestra propia conciencia.

#### EL ALCÁZAR COMO ARQUETIPO

Así ocurrió con el asedio del Alcázar de Toledo, uno de los mitos más caros, sino el mito por antonomasia, del Franquismo. Las razones de semejante mitologización son fáciles de entender. El Alcázar es un trozo de la Historia de España; sus muros han sido protagonistas de importantes acontecimientos y han formado parte de un conjunto arquitectónico que ha sido fortaleza, palacio, cárcel, academia militar, museo...

Parece ser que fue Alfonso VI quien levantó la base fundamental del alcázar toledano. Los RR.CC. lo utilizaron como residencia en varias ocasiones. Fue principal bastión de resistencia comunera durante el cerco a la ciudad en 1521. Carlos I rehízo el alcázar medieval de cuya reconstrucción se encargó Alonso de Covarrubias durante su reinado, conservándose de entonces su fachada principal. Convertido en

---

(3) Tal declaración pasó a ser conocida como el «Manifiesto de Las Palmas», aun cuando está firmado en Santa Cruz de Tenerife a las 03.15 h. del 18 de julio. Franco abandonó el archipiélago canario a las 14.05 h. de ese mismo día como demuestra el cuaderno de bitácora de Cecil W. H. Bebb, piloto del famoso *Dragon Rapide* que le transportaría de Las Palmas a Tetuán, y, obviamente, la proclama no empezaría a ser divulgada hasta que las islas y el protectorado marroquí estuvieron bajo control absoluto de los militares rebeldes. Por consiguiente, ni la hora ni el lugar se corresponden con la realidad del famoso manifiesto. Véase el texto completo en *General Franco. Sus escritos y palabras*, por EMILIO DIEZ, Tip. M. Carmona, Sevilla, 1937, págs. 27-30 (facsimil en págs. 32-33).

(4) El general Emilio Mola, organizador máximo de la sublevación de julio de 1936, conocido como «El Director» por los conspiradores, le había comentado al que fuera su secretario y hombre de confianza: «En este trance de la guerra yo ya he decidido la guerra sin cuartel. (...) Yo veo a mi padre en las filas contrarias y lo fusilo.» Cit. por JOSÉ MARÍA IRIBARREN: *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la guerra*, Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1937, pág. 292. Mola leyó el manuscrito de Iribarren y le agradeció la fidelidad con que había tratado los hechos que narraba.

suntuoso palacio fue sede de la corte imperial en varias ocasiones hasta que, paradójicamente, bajo Felipe II, que encargó a Juan de Herrera la dirección de los trabajos, el edificio perdió protagonismo y, de hecho, el edificio no se concluyó hasta bien entrado el siglo xvii.

Tras múltiples avatares que hicieron del edificio unas ruinas inhabitables el rey Carlos III cedió el alcázar al cardenal Lorenzana que lo hizo reconstruir completamente bajo las órdenes de Ventura Rodríguez. En 1810, como consecuencia de la Guerra de Independencia, de nuevo ardieron sus muros. Su abandono simbolizaba la decadencia del Imperio español. Desde mediados del siglo xix albergó distintas dependencias militares que alcanzaron su culminación con la restauración borbónica. Alfonso XII firmó el Real Decreto que hacía del alcázar la sede de la Academia de Infantería, transformada después en Academia General aunque por poco tiempo. De nuevo fue pasto de las llamas y de nuevo reconstruido y convertido en museo de infantería hasta 1936. Tras la guerra, erigido en símbolo por antonomasia de la España vencedora, fue de nuevo reconstruido y convertido en museo del asedio (5).

Hasta tal punto el Alcázar simbolizaba los más preciados valores en los que se reflejaba el espíritu de la llamada España nacional que cualquiera que osara analizar críticamente las circunstancias del asedio se exponía a los más feroces ataques por parte de los propagandistas del régimen, tal y como le ocurrió al hispanista norteamericano Herbert R. Southworth, auténtico experto en la mitologización franquista de la guerra civil y uno de los analistas más lúcidos del mito del Alcázar (6), que mereció del más célebre historiógrafo oficial del Franquismo las sucesivas y caballerosas calificaciones de «desvergonzado payaso», «menopáusico» y «pobre hombre» (7). Descalificaciones que no hacen sino mostrar la impotencia argumentativa de dichos propagandistas ante el abrumador conocimiento desplegado por Southworth. Un conocido «experto» en historia militar y autor de una monografía sobre «El Alcázar» como el general Rafael Casas de la Vega no puede, ante Southworth, sino perderse en la retórica triunfalista habitual que caracterizó a los propagandistas del Franquismo (8).

---

(5) Me atrevería a decir que la propia historia del Alcázar, haciéndose y deshaciéndose una y otra vez a lo largo de la Historia, resulta paradigmática de la propia Historia de España y de su estructura jurídico-política, razón por la cual el nacionalismo español más extremado ha hecho de él todo un símbolo tan intangible como la «sagrada unidad de la Patria». Me he basado para esta síntesis histórica en FERNANDO MARTÍNEZ GIL: «Historia del Alcázar de Toledo» (*Historia 16*, núm. 134, Madrid, junio de 1987, págs. 84-88), a quien remito para mayores referencias bibliográficas.

(6) HERBERT R. SOUTHWORTH: *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza & Janés, Barcelona, 1986, págs. 92-116 (nueva versión de la 1.ª edición publicada por Ruedo Ibérico, París, 1963). La inmensa erudición y perspicacia analítica de Southworth dejaron prácticamente cerrado, por no decir que totalmente, mal que les pese a sus detractores, el tema del Alcázar.

(7) «La historia vuelve a su cauce» (*El Alcázar*, Madrid, 15 de enero de 1972, pág. 2) y «La normalización de San Silvestre» (*Opinión*, núm. 15, Madrid, 15-21 de enero de 1977, pág. 5).

(8) Véase RAFAEL CASAS DE LA VEGA: *El Alcázar*, G. del Toro, Madrid, 1976. Este autor, ya en vísperas de concluir el proceso de transición política, fue presentado en un programa de TVE («Tribuna

Sin embargo, es una realidad que el Alcázar de Toledo ha dejado de ser un mito y una leyenda de la épica de Cruzada generada por los vencedores para quedar reducido por obra y gracia del análisis científico a un mero símbolo político, a un reducto de la ideología de resistencia que caracterizó al «búnker» franquista, cuya suprema razón de ser no era otra, desmoronadas y desactivadas las instituciones del régimen franquista, que hacer fracasar la transición política, primero, y obstaculizar la consolidación democrática, después. El más destacado propagandista de los nostálgicos del Franquismo y mensajero de los golpistas del 23 de febrero de 1981 no fue otro que el diario *El Alcázar*.

Así pues, que *El Alcázar* siga siendo el mito, el símbolo más caro del Franquismo por lo que su nombre evoca de resistencia, sobrevivencia y valor, no puede resultar sorprendente. La explicación de todo ello parece obvia. Mito y razón, como lúcida-mente ha señalado Manuel García-Pelayo, «son dos formas de estar y de orientarse en el mundo, que, por tanto, dan origen a dos esquemas interpretativos» (9). Es inútil pretender, como ha hecho ejemplarmente Southworth, contraponer el análisis racional, historiográfico, de los hechos a las mitificaciones y falsificaciones inherentes a la propaganda franquista, pues...

la actitud mítica ante las cosas resiste a todo intento analítico, puesto que éste supone un examen claro y distinto de cada una de las partes componentes y/o de sus relaciones, abstraídas gnoseológicamente del todo, y, por consiguiente, frente a las críticas exteriores se mantiene monolíticamente como una fortaleza sin posibles brechas, pues dada

---

de la Historia», 23 de septiembre de 1978) como el mayor experto sobre el tema del Alcázar. Todo lo que tan avisado especialista es capaz de decir en su libro a propósito del de Southworth es que es de un partidismo cerrado y poco consecuente en lo que al tema del Alcázar se refiere. Afirma que incurre en errores y juicios personales sin fundamento expreso y que no ofrece datos concretos que sirvan de contraprueba. Insólitas afirmaciones que sólo pueden contentar a los lectores que desconozcan el texto de Southworth y hagan acto de fe de las descalificaciones de Casas de la Vega pero que producen auténtico asombro en quien conoce la obra del hispanista norteamericano. De entre los citados «errores de bulto» que dice comete Southworth sólo es capaz de concretar uno: decir que afirma que había siete cadetes (pág. 115). Realmente concluyente. El norteamericano, basándose en fuentes franquistas (el libro de JOAQUÍN ARRARÁS y LUIS JORDANA DE POZAS sobre el sitio del Alcázar), así como en la información de SÁNCHEZ DEL ARCO, corresponsal de guerra en el Ejército de África que liberó el Alcázar, testigo de primera fila cuya crónica apareció en el propio *ABC* de Sevilla del 30 de septiembre de 1936 y donde dice que «el número exacto parece ser [el énfasis es mío] el de siete cadetes» (H. R. SOUTHWORTH: *El mito de la cruzada de Franco. Crítica bibliográfica*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pág. 214, nota 315). Realmente asombrosa esta muestra de rigor historiográfico que nos ofrece CASAS DE LA VEGA, quien concluye su libro así: «El Alcázar establece el arquetipo propio del Ejército nacional. El límite del valor y el sacrificio exigibles. Pero aún es más. El Alcázar es el camino cierto, seguro, probado, para la victoria. Pudimos hacer aquello, podremos hacer lo que sea hasta vencer. El enemigo se propuso y no pudo vencer, análogamente, en el futuro tampoco podrá hacer lo que se proponga» (pág. 348). ¿El qué? ¿La restauración democrática? ¿Se lanzó a la calle para impedir su consolidación tan bravo general en 1981? Es decir, habla un cruzado, no un historiador, habla un defensor (?) —cuando menos un comulgante— del Alcázar, no un analista del asedio que busque ser objetivo.

(9) MANUEL GARCÍA-Pelayo: *Los mitos políticos*, Alianza, Madrid, 1981, pág. 12.

la mencionada indiferencia entre el todo y las partes, quien cede a una crítica sectorial cede todo (...) (10).

*El Alcázar* significa demasiadas cosas como para que los comulgantes del «espíritu del 18 de julio», los constructores de la mitología política del Franquismo, estén dispuestos a permitir que se abra la más mínima fisura en su fortaleza ideológica. Quien cede a una crítica sectorial cede a todo...

De ahí que el más mínimo intento de revisar el mito, por más que se haga desde categorías rigurosamente historiográficas, entrañe ciertos peligros tales como el de ser arrojado a las tinieblas de la condenación eterna pues, como dijera San Cipriano allá por el siglo III a propósito de la unidad de la Iglesia, quien subvierte la fe, corrompe la verdad y —lo más grave— rompe la unidad. Principio perfectamente trasladable al campo político del totalitarismo fascista de Falange y asumido por el Franquismo bajo la fórmula retórica de la sagrada «unidad de destino en lo universal» (11), que se forjó en las trincheras y a golpe de Decreto, y fuera de la cual, nada tenía sentido.

#### LA FUNCIONALIDAD POLÍTICA DEL MITO

Con todo, no cabe una terminante descalificación de los mitos. El mito no es ya que sea una fuerza cultural sino que es ingrediente indispensable de toda cultura. La necesidad de mitos es consustancial al ser humano y el origen de los mismos se pierde en la noche de los tiempos.

Tal como nos señaló el gran antropólogo Bronislaw Malinowski, el mito en una comunidad primitiva «no es únicamente una narración que se cuente, sino una realidad que se vive» (12).

---

(10) *Ibidem*, pág. 29.

(11) La «unidad de destino en lo universal» era el principal punto programático de Falange Española («España es, ante todo, UNA UNIDAD DE DESTINO») que Franco haría rápidamente suyo, necesitado como estaba de revestir ideológicamente con ciertos aires de novedad y modernidad su dictadura tradicional, como lúcidamente viera Azaña, y para lo cual la retórica fascista le fue de extrema utilidad. Dicho programa (los IX puntos iniciales) apareció publicado en el órgano oficial de Falange Española (F.E. núm. 1, Madrid, 7 de diciembre de 1933). Fue un recurso dialéctico recurrentemente utilizado por José Antonio Primo de Rivera en múltiples discursos y escritos. Véase, por ejemplo, su «Ensayo sobre el nacionalismo», publicado en el núm. 16 de la revista *J.O.N.S.* de abril de 1934, donde afirma que lo que verdaderamente define a la nación «es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico». La unidad, la sumisión de todos en un cuerpo superior, es el gran componente ideológico del autollamado bando nacional. Cuando José Calvo Sotelo decía que prefería una España roja a una España rota estaba señalando, muy expresivamente, el auténtico *no man's land* de las posiciones políticas que él representaba. Tras la aprobación de la L.O.E. (1967), con la que Franco culminó la estructura jurídico-política de su Estado, hizo aprobar por Decreto (779/1967) de 20 de abril los textos refundidos de las Leyes Fundamentales, cuyo conocido principio primero y fundamental quedó definitivamente fijado: «España es una unidad de destino en lo universal» (*B.O.E.*, núm. 95, Madrid, 21 de abril de 1967).

(12) BRONISLAW MALINOWSKI: *Magia, Ciencia, Religión*, Planeta, Barcelona, 1994, pág. 113.

El mito cumple, en la cultura primitiva, una indispensable función: expresa, da bríos y codifica el credo, salvaguarda y refuerza la moralidad, responde de la eficacia del ritual y contiene reglas prácticas para la guía del hombre. De esta suerte el mito es un ingrediente vital de la civilización humana, no un cuento ocioso, sino una laboriosa y activa fuerza, no es una explicación intelectual ni una imáginería del arte, sino una pragmática carta de validez de la fe primitiva y de la sabiduría moral (13).

Por consiguiente el mito no vendría a satisfacer un interés científico, sino que su relato supone una resurrección de lo que constituyó un acontecimiento primordial cuya narración viene a colmar profundas necesidades de tipo religioso o moral, social e incluso reivindicaciones o requerimientos prácticos.

El asedio y defensa del Alcázar de Toledo fue un acontecimiento de primer orden que infundió una gran confianza y redobló la fe de los partidarios de la llamada España nacional. Desde el primer momento se forjó la leyenda del Alcázar, pero de hecho pasó rápidamente a constituirse en mito. Según Malinowski:

(...) la *leyenda* ya penetra con mucha mayor profundidad en la vida social de la comunidad y el *mito* desempeña una función social mucho más importante. El mito, como constatación de la realidad primordial que aún vive en nuestros días y como justificación merced a un precedente, proporciona un modelo retrospectivo de valores morales, orden sociológico y creencias mágicas. (...) La función del mito, por decirlo brevemente, consiste en fortalecer la tradición y dotarla de un valor y prestigio aún mayores al retrotraerla a una realidad, más elevada, mejor y más sobrenatural, de eventos iniciales.

El Franquismo fue especialmente pródigo en la creación de su propia mitología y, al igual que el fuego en las comunidades primitivas que no puede dejar de arder, nunca se atenuó su imperiosa necesidad de alimentarla incesantemente, pues en ello reside la propia posibilidad de supervivencia. Puesto que pretendía representar un corte radical con el pasado inmediato y se presentaba con una inequívoca voluntad de renovación histórica, la necesidad de mitos era la lógica consecuencia de quien pretende inaugurar una nueva era pero, de hecho, se halla firmemente anclado en el pasado. Concluye Malinowski al respecto, a propósito de la funcionalidad de los mitos, diciendo que:

todo cambio histórico crea su mitología, la cual no está, sin embargo, sino indirectamente relacionada con el hecho inicial. El mito es un constante derivado de la fe viva que necesita milagros; del *status* sociológico, que precisa precedentes; de la norma moral, que demanda sanción (14).

Desde una perspectiva racional toda mitología sería nefasta para la era contemporánea puesto que el mito es el modo típico del conocimiento primitivo, pre-científico. La existencia de mitos, incluso su funcionalidad, es humanamente compren-

---

(13) *Ibidem*, pág. 114.

(14) *Ibidem*, pág. 171.

sible, pero revivirlos sería reabrir las puertas del irracionalismo y asumir el riesgo de que se constituyesen en una auténtica concepción del mundo.

En el lenguaje común el término «mito» ha ido perdiendo sus originarias connotaciones religiosas y se halla revestido en la actualidad de un claro matiz peyorativo, matiz con el que quiere ponerse de manifiesto su falsedad histórica o, simplemente, su contraposición a la significación meliorativa de «lo científico».

No es tarea fácil definir lo que se entiende por mito político dado que, como afirma Tizziano Bonazzi, se trata de una

instancia intelectual y práctica que el pensamiento político no ha conseguido delimitar e identificar, tanto por la dificultad de fijar sus relaciones con la mitología, como por la de distinguirlo del concepto de «ideología» y, finalmente, porque se ha encontrado en el centro de toda polémica entre racionalismo e irracionalismo.

Si la fortuna de la expresión «mito político» y su principal teorización está vinculada a la izquierda y, en concreto, a la obra *Réflexions sur la violence* de Jean Sorel, fue la derecha quien se adueñó de la misma,

en cuanto el irracionalismo elevado al credo semirreligioso se encontraba perfectamente con los temores y con las reacciones provocadas por las transformaciones de fines de siglo en los estratos sociales expuestos mayormente a un drama cultural; por otra parte fue vaciado de sentido por los autores y políticos conservadores y moderados que, salvo un universo teórico necesariamente racional, midieron contra el mismo las «desviaciones irracionales» del proceder práctico. (...) el mito político en el siglo XX, como categoría de pensamiento e instrumento de acción, permanece por lo tanto vinculado sobre todo al pensamiento político de derecha y a teorías autoritarias e irracionalistas de grupos y partidos fascistas y prefascistas (15).

En cualquier caso, con independencia de su origen teórico y su vinculación ideológica, los mitos persisten en el mundo moderno y todos los científicos sociales coinciden en la funcionalidad de los mismos para mantener el equilibrio y la integridad de la comunidad hasta el punto de considerar irrelevante la verdad o falsedad del mito mismo, porque lo realmente importante es si resultan convincentes, atractivos, suscitan adhesión y se convierten en auténticos símbolos para una comunidad determinada. A este respecto es patente que no podemos pretender explicarnos la realidad social, la convivencia humana, sobre bases únicamente racionales. La naturaleza humana es más compleja y necesita del pensamiento mítico y de la consiguiente mitologización simbólica de determinados aspectos y acontecimientos de la vida para que ésta le resulte más comprensible y llevadera.

Toda comunidad humana, pueblo o nación tiene y necesita teorías, doctrinas, principios, leyendas, personajes, héroes... que les revelen su origen, expliquen su presente y contribuyan a desvelarles su futuro al margen de su fundamentación

---

(15) TIZZIANO BONAZZI: «Mito político», en *Diccionario de Política* (dirigido por NORBERTO BOBBIO y NICOLA MATTEUCCI), Siglo XXI de España, Madrid, 1983, vol. 1, págs. 1022 y 1024.

científica. No digamos un movimiento político. El pueblo lo demanda y lo exige, y los mitos satisfacen mucho mejor esa necesidad imperiosa, pues son más comprensibles y disponen de una considerable carga emocional que las explicaciones científicas y los análisis racionales, sólo útiles para la élite y los grupos o estamentos con formación cultural o una conciencia crítica desarrollada.

Por consiguiente, los mitos desempeñan una clara función en la vida política. Desde la perspectiva de la ciencia política el profesor Lucas Verdú considera que ésta consiste en que:

- Fundamenta al orden político, en la medida que colma los requerimientos no racionales de las masas.
- Prestigia al orden político, en virtud de las cualidades legendarias del mito.
- Ejerce atracción y seguimiento sobre las masas, manifestándose a través de los símbolos (banderas, escudos, himnos, conmemoraciones, ceremonias, desfiles) (16).

Dicho lo que antecede creo que los sucesos referidos al asalto del Alcázar de Toledo y la resistencia de sus defensores se ajustan a tales consideraciones, y que forman parte de la «mitomanía» franquista, entendiéndose por tal cierto desequilibrio psicológico que se caracteriza por la manipulación de la verdad, su deformación y consiguiente fabulación.

Así pues, en las consideraciones que siguen, no negamos en absoluto los hechos fundamentales sino que aspiramos a depurarlos y desposeerlos de toda la ganga propagandística en que se hallan envueltos debido fundamentalmente a la persistente acción de una pretendida «historiografía» franquista a la que no cabe sino conceptuar de mera propaganda política por la sencilla razón de que, como dijo Herbert R. Southworth: «la leyenda del Alcázar ha estado desde sus comienzos manchada por el fraude» (17).

Es decir, como el mismo Southworth dice, algunos hechos son ciertos pero el conjunto de la narración es falso. El soporte fundamental del mito es que el hijo de Moscardó fue amenazado de ser ejecutado si el Alcázar no se rendía y al negarse su padre la amenaza se cumplió. Evidentemente, «si la amenaza no se cumplió, la leyenda del Alcázar cae por su propio peso» (18), y todo lo demás no es sino literatura.

---

(16) PABLO LUCAS VERDÚ: *Principios de Ciencia Política*, t. 1. *Introducción, Hombre y Política. Ideología, Mitos y Tecnocracia*, Tecnos, Madrid, 1969 (2.ª ed. corregida y aumentada), págs. 221-223.

(17) HERBERT R. SOUTHWORTH: *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza & Janés, Barcelona, 1986, pág. 92.

(18) *Ibidem*, pág. 93.

Los más de dos meses de asedio sufridos por los refugiados en El Alcázar de Toledo, desde el inicio de la sublevación en julio hasta finales de septiembre, resultan no ya paradigmáticos de la abundante mitología generada por nuestra guerra civil, sino arquetípicos de los valores más representativos de la coalición ideológica acaudillada por el general Franco, hasta el punto de haber acabado, a mi juicio, por constituirse en uno de los símbolos políticos por excelencia de lo que bien pudiera llamarse «espíritu del 18 de julio de 1936» (19).

Ese «espíritu de resistencia» numantino cuadra bastante bien con la radical oposición del denominado búnker franquista al tímido y falso aperturismo iniciado por Carlos Arias Navarro tras asumir la presidencia del Gobierno y curiosamente bautizado como «espíritu del 12 de febrero». «Espíritu» rápidamente fracasado, no ya por las propias presiones del búnker, sino porque su pretendido auspiciador «se atrincheraba materialmente en el franquismo» (20), de tal modo que su supuesto promotor afirmó, apenas cuatro meses después (discurso de Barcelona del 15 de junio de 1974), que semejante espíritu «ni puede ni quiere ser nada distinto del espíritu permanente e indeclinable del régimen de Franco desde su hora fundacional» (21). Y cuadra igualmente con la ferviente resistencia a la reforma política que iniciara el Gobierno de Adolfo Suárez en 1976. Ilustrativo de semejante actitud es el cambio de denominación de la Asociación de ex combatientes de «La Cruzada» liderada por José Antonio Girón de Velasco que, ante la irresistible marea democrática —situación que al igual que la de julio de 1936 consideraban insostenible—, decidieron suprimir el prefijo «ex» y disponerse de nuevo al combate y al sacrificio heroico, si preciso fuera, contra el caos reinante y la desmembración patria que la decadente democracia inevitablemente genera. Los «salvapatrias» siempre están al acecho y, al menor descuido, se transmutan en «vendepatrias».

La resistencia que se produjo dentro de los sólidos muros del Alcázar, infructuosamente bombardeados y estérilmente asaltados, se convirtió en un símbolo de la lucha de los sublevados que alcanzó caracteres míticos. Aún hoy persisten escritos

---

(19) Expresión sumamente certera, a mi juicio, de la cultura política franquista. Para una muestra de la carga ideológica depositada en tal fecha, considerada de una «trascendencia incalculable» pues no era ya una respuesta a «los horrores del Frente Popular» y de «la tiranía roja» sino que representaba la «pugna entre el espíritu y la materia», puede consultarse, a modo de ejemplo, la singular retórica del que fuera testamentario de José Antonio Primo de Rivera e importante líder falangista primero, y franquista después, RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA: *Dieciocho de julio. Tres discursos*, Eds. Arriba (s.l.), 1938, citas en págs. 26-27.

(20) PILAR FERNÁNDEZ-MIRANDA LOZANA y ALFONSO FERNÁNDEZ-MIRANDA CAMPOAMOR: *Lo que el Rey me ha pedido. Torcuato Fernández-Miranda y la reforma política*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995, pág. 70.

(21) Cfr. JOSÉ UTRERA MOLINA, que fuera ministro Secretario General del Movimiento con Carlos Arias Navarro a quien acompañó a Barcelona y le precedió en el uso de la palabra (*Sin cambiar de bandera*, Planeta, Barcelona, 1989, pág. 134).

ajenos a los métodos propios de las ciencias sociales, debidos a escritores o periodistas movidos por una evidente voluntad propagandística o, cuando menos, anclados todavía en los tópicos y simplificaciones que aquélla generó en su día (22).

Retrospectivamente se comprende perfectamente, y no carece de justificación, que el asedio del Alcázar revistiera todos los componentes propios de los hechos heroicos y que, dado que se estaba en guerra, el llamado bando nacional lo utilizara para revestirlo de caracteres epopéyicos (23). Otra cosa es que a más de sesenta años

---

(22) Véase al respecto la reciente publicación de ÁNGEL PALOMINO (*Defensa del Alcázar. Una epopeya de nuestro tiempo*, Planeta, Barcelona, 1995). No es ya que el libro desconozca los métodos y técnicas propios de cualquier estudio científico (para empezar, un mínimo distanciamiento histórico con los hechos abordados, algo que el propio autor soslaya voluntariamente), sino que ignora las fuentes directas y referencias concretas. No hay aportación novedosa que justifique semejante publicación, el libro es un «refrito» extraído de las conocidas obras de JOAQUÍN ARRARÁS (*Historia de la Cruzada española*, Datafilms, S.A., Madrid, 1984), JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE (*Los asedios*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1984) y RAFAEL CASAS DE LA VEGA (*El Alcázar*, G. del Toro, Madrid, 1976) y, para el complemento de lo que él mismo califica de una *gesta legendaria*. «una leyenda afortunadamente tan testimoniada y documentada que hoy podemos relatarla con precisión casi absoluta y hasta con fría objetividad de crónica fiel: de reportaje» (pág. 21), el autor dice haberse servido del tomo 2 de la obra *Crónica de la guerra española* que se publicara en Argentina hace treinta y dos años (Codex, Buenos Aires, 1966). El resto del libro no es sino un encadenamiento de citas indirectas no especificadas, práctica absolutamente desprestigiada y por completo inoperante puesto que, si no se encuadran en un discurso coherente, ni se entra en debate con ellas, no se hace otra cosa que, en el mejor de los casos, reproducir mecánicamente lo ya sabido y, en el peor, se contribuye a perpetuar los errores y apreciaciones pasados sin someterlos a una elemental contrastación empírica. Así, el autor alude al «alzamiento iniciado por el general Franco» (pág. 15) para referirse a lo que fue, técnicamente, un pronunciamiento militar o golpe de Estado fracasado (no un «alzamiento»), contribuyendo, además, a la perpetuación de la falacia histórica que hace de Franco el líder de semejante rebelión militar desde sus mismos orígenes (Franco no inicia nada y el mismo Sanjurjo había dicho que «con Franquito o sin Franquito» se lanzarían a la salvación de España) o reafirmarse —a estas alturas— en la existencia en toda España de «una organización subversiva armada y encuadrada en unidades tácticas, un poder respaldado (*sic*) por el Gobierno de la República y por las autoridades» (pág. 28). La falta de información le lleva a perseverar en atribuir la conversación telefónica del hijo de Moscardó con un pretendido «jefe de milicias de Toledo», el abogado Cándido Cabello (págs. 16 y 85), «jefatura» sólo existente en su imaginación. La manipulación histórica máxima, que invalida el propósito del libro, consiste en decir que: «La amenaza del jefe de milicias se cumple más tarde: el 23 de agosto lo fusilan» (pág. 88). Aún peor que la mera y simple mentira o ignorancia es la manipulación y deformación de los hechos que estas palabras significan. Pretender establecer una relación de causa-efecto entre la conversación y la muerte de Luis Moscardó es una auténtica tergiversación histórica. El ponderado novelista metido a historiador se permite calificar de «bellaco» al periodista norteamericano, corresponsal del *The New York Herald Tribune*, Herbert L. Mathews, refiriéndose a un comentario de éste de 1957, ya rectificado además hace 37 años, para poder decir ahora que «mentía a conciencia. Su propósito era publicar y documentar un falso testimonio» (pág. 164). Talante y actitud que le permite concluir su capítulo, paradójicamente titulado «Destruir la Historia», así: «La mentira que siguió tenaz, terca y cobarde tras la derrota. Que sigue aún» (pág. 168), con lo que muestra, con toda convicción, el propósito propagandístico y la fuerte carga ideológica que rezuman todas y cada una de sus páginas, más propias de «combatiente de cruzada», de resistente franquista —o «neo»— que de novelista metido a historiador. Desde luego, a juzgar por el texto comentado, ni lo uno ni lo otro.

(23) Hay una abundantísima bibliografía al respecto cuya sola mención alargaría innecesariamente esta nota. No obstante, es obligado citar al menos las siguientes: En primer lugar, por su valor documental,

de ocurridos los hechos se pretenda algo distinto que no sea fijar el estado de la cuestión desde categorías exclusivamente científicas. Por eso causa auténtico asombro que a la altura de 1997, con la excusa de una correspondencia familiar inédita del coronel Moscardó a su mujer María Guzmán, se produjeran todavía publicaciones pretendidamente académicas pero por completo impregnadas del inconfundible tufillo propio del más rancio dogmatismo ajeno a la Academia, como lo prueba declarar de entrada que «la versión que se explica en algunas aulas de la Universidad española difiere de la realidad de lo que aconteció» y que lo que se ofrece «pone punto final» a una falsa polémica (24). Es más, ahora resulta que los creadores de la citada polémica fueron los republicanos y que los «más notorios intentos de manipulación, de mentira sistemática, de reiteración de falsedades», etcétera —en el decir del presentador del libro citado, el general Fernando Esquivias Franco (casado con la única hija de Moscardó), cuyas palabras devalúan automáticamente las que siguen—, se deben o provienen de sectores que niegan «la verdad con absoluto desparpajo» basándose en «determinados *historiadores de la falsedad*» (25). El subtítulo del libro de Bullón de Mendoza y de Togores «final de una polémica», es un falso título puesto que la polémica hace tiempo que está historiográficamente cerrada en sus aspectos centrales; en él no se aporta nada novedoso y no se sabe «contra» quien arremeten

---

*El Alcázar, periódico editado en la fortaleza toledana durante el asedio del año 1936 [colección completa de 63 números, editada por la «Hermandad de Ntra. Sra. Santa María del Alcázar» (fac-símil) s.l., s.d.]. Igualmente, el libro de JOAQUÍN ARRARÁS y LUIS JORDANA DE POZAS: *El sitio del Alcázar de Toledo* (con una introducción histórica del P. Pérez de Urbel, y el Diario de Operaciones del coronel MOSCARDÓ), «Heraldo de Aragón», Zaragoza, 1937, sea de los más significativos que se publicaron entonces. Igualmente, el del padre ALBERTO RISCO, S.J.: *La epopeya del Alcázar de Toledo*. Relación histórica de los sucesos desde los comienzos del asedio hasta su liberación (21 de julio a 28 de septiembre de 1936). APÉNDICES. El «Diario de Operaciones» del asedio del Alcázar. Relación de los muertos y heridos y del personal que hubo en el Alcázar durante el asedio. El monumento a la gesta del Alcázar. Hermandad de Defensores del Alcázar de Toledo, Toledo, 1992 (4.ª ed.), contiene información muy interesante que ha de ser evaluada con suma precaución. El opúsculo del periodista MANUEL AZNAR: *El Alcázar no se rinde. Réplica a unas páginas del libro titulado «El Yugo y las Flechas» del escritor norteamericano Herbert L. Mathews*. Imp. Ograma, Madrid, 1957, tiene interés por su contenido polémico y tratarse su autor de uno de los más significativos constructores del mito del Alcázar.*

(24) Véase ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA y GÓMEZ DE VALUGERA y LUIS EUGENIO TOGORES SÁNCHEZ: *El Alcázar de Toledo: final de una polémica*, ACTAS, Madrid, 1997. Autores que consideran el estudio citado del general CASAS DE LA VEGA como una excelente monografía y «tal vez la más completa desde el punto de vista estrictamente militar» (pág. 35). Dicho lo cual, cabe reincidir en el conocido chiste que contrapone música y marchas militares y constatar que si a la historia militar se le suprime el adjetivo lo que queda es cualquier cosa menos historia.

(25) *Ibidem*, págs. 10-11. Ciertamente los republicanos realizaron un falso montaje fotográfico simulando la caída del Alcázar, manipulación comprensible dado el rapidísimo avance del Ejército de África sobre Madrid y necesitando ofrecer a sus combatientes alguna victoria que les inyectase un poco de moral, pero la polémica la crearon los propagandistas y hagiógrafos de Franco y fue contundentemente desmontada por Southworth hace ya 35 años. Aunque no se citan nombres es evidente que el imparcial y objetivo prologuista, inmediatamente secundado por nuestros autores, no se refiere a historiadores tan destacados como Aznar, Arrarás, Jordana de Pozas, De La Cierva, Casas de la Vega, Palomino, etcétera. ¿A quiénes se referirá?

nuestros autores salvo vagas alusiones escuchadas en sus tiempos de estudiantes de innominados profesores. La conocida técnica de «inventarse» al contradictor para así poder replicarle al éter, puesto que no hay contrastación de textos, es una conocida técnica sofisticada impropia de quienes se pretenden rigurosos analistas. De los dos únicos especialistas contemporáneos de izquierdas citados que han hecho investigación monográfica específica sobre El Alcázar (Southworth y Herreros) no se hace corrección sustantiva alguna. ¿Contra qué o contra quiénes escriben entonces? ¿Cuál es su aportación personal? ¿Qué falacia contribuyen a desvelar con tanto autobombo?

La realidad es que el Alcázar se convirtió, para unos, en una obsesión no escatimando medios para rendirlo y, para otros, en una no menor obsesión por defenderlo. Que la obsesión de los primeros estuviera trufada de abundantes torpezas no excluye que la heroicidad de los otros no escondiera alguna indignidad (como la cuestión de los rehenes fusilados dentro de la fortaleza, algo que la propaganda de los vencedores se ocupó especialmente de ocultar). Si, efectivamente, el hijo de Moscardó fue «fusilado», en las circunstancias y contexto que en seguida se verán, también lo fueron otros muchos republicanos de Toledo por el simple hecho de haber defendido su libertad y sus vidas.

A su vez, a lo largo del prolongado encierro, se produjeron una serie de desertiones (35 en total), puntualmente consignadas por el general Moscardó en su diario, algo que la propaganda franquista se encargó también de ocultar debidamente.

Desde el mes de julio se habían producido diversas escaramuzas y salidas del Alcázar, pero mediado el mes de agosto el cerco de las fuerzas republicanas se fue estrechando hasta quedar completado a base de alambre de espino, sacos terreros y reflectores que iluminaban la fortaleza para impedir las incursiones de los sitiados.

El 22 de agosto los sitiados recibieron una esperanzadora visita. Un avión del Ejército del Sur dejó caer en el patio del Alcázar un gran paquete con víveres, un código de señales para poder comunicarse con la propia aviación y dos mensajes firmados por el general Franco cuyos textos, tomados de los originales (siempre debidamente corregidos en su transcripción por sus pretendidos historiadores pero, en realidad, mejores hagiógrafos y esforzados propagandistas), ponen una vez más de manifiesto la permanente batalla que el autor de *Diario de una bandera* o de *Raza* lidió con la sintaxis:

¡Un abrazo de este Ejército a los bravos defensores del Alcázar!

Nos acercamos a vosotros vamos a socorremos, mientras resistir (*sic*) para ello os llevaremos pequeños auxilios.

Vencidas todas las dificultades avanzan nuestras columnas destruyendo resistencias.

¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar!

La otra rezaba así:

A los bravos defensores del Alcázar Toledano.

Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar.

Pronto llegaremos a esa, mientras resistir (*sic*) a toda costa que os iremos llevando los pequeños socorros que podamos.

¡Viva España! (26).

Otra circunstancia relevante que coadyuva a la construcción del mito estriba en que el Jefe del 2.º Tercio de la Guardia Civil se refugió allí con todos sus efectivos, símbolo, a su vez, de las virtudes castrenses tan caras a la ideología de los, sin embargo, rebeldes; de igual modo los fracasados intentos de los milicianos asaltantes de ocupar la plaza y el éxito de los resistentes que consiguieron mantenerla inexpugnable; y, finalmente, pero *lo más importante*, por el pretendido sacrificio del hijo de Moscardó que, cual nuevo Guzmán el Bueno, habría preferido la muerte del hijo a manos de los sitiadores antes que rendir el Alcázar. Si a todo lo dicho añadimos la pretensión propagandística de que el Alcázar habría sido defendido sobre todo por un puñado de cadetes imberbes frente a barbados y feroces soldados (27), ya tenemos el cuadro completo de la hagiografía diseñada por los propagandistas del Franquismo.

Tal conjunto de hechos valerosos pasaron rápidamente a la consideración de gloriosos y, como tales, habrían de ser épicamente relatados. Los primeros en hacerlo fueron los propios periodistas y cronistas militares que acompañaban a las fuerzas militares. Antonio Montes escribiría en la edición sevillana de *ABC* del 26 de septiembre de 1936:

Ya el ilustre infante que acaudilla el Ejército colonial ha tomado con su mano diestra el aldabón de la puerta de bisagra. Cuando hoy Toledo escuche la llamada, y al quién vive se responda España, los sillares de la fortaleza se estremecerán emocionados: que las prendas de la Historia también tienen alma (28).

Algunos de estos periodistas empezaron a generar sobre la propia marcha pretendidas historias militares de la guerra, cuyo resultado final les convertía más bien en destacados apologetas del franquismo que en historiadores militares. De entre todos ellos es justo resaltar la florida prosa de Manuel Aznar:

Lector: vamos a entrar en un recinto sacratísimo, no sólo para los españoles, sino para todo hombre civilizado. Estamos ante el Alcázar de Toledo. La pluma tiembla y el ánimo vacila antes de iniciar los relatos del fabuloso heroísmo y de la universal

---

(26) Cartas autógrafas del general Franco a los defensores del Alcázar de Toledo lanzadas por un avión en el atardecer del día 22 de agosto de 1936. Hay un membrete que dice: «General Jefe del Ejército de África y Sur de España». Fotocopias de las originales se encuentran expuestas en el *Museo del Ejército del Alcázar de Toledo*. Sala del Asedio (los textos reproducidos en el periódico *El Alcázar* contienen erratas de transcripción).

(27) Véase HENRI MASSIS y ROBERT BRASILLACH: *Les Cadets de l'Alcázar*, Plon, París, 1936.

(28) Cit. por C. G. ORTIZ DE VILLAJOS: *De Sevilla a Madrid. Ruta libertadora de la columna Castejón*. Librería Prieto, Granada, 1937, pág. 137.

hazaña que entre los muros del Alcázar tuvieron su escenario. No se sabe aún, ni se sabrá jamás, cómo pudo suceder aquello. Un puñado de españoles superaron durante sesenta y ocho días todos los esfuerzos y sacrificios de que es capaz la humana especie. Ni en la historia de los tiempos pasados ni en las crónicas de los presentes se ha escrito página más extraordinaria. Y no ha de escribirse en los venideros otra que tenga más brillo ni mayor hondura. (...) Ante el Alcázar de Toledo, la rodilla se dobla y la frente se inclina reverente hacia la tierra. De aquellos muros destrozados nace un raro fulgor celeste que ciega e ilumina al mismo tiempo. En estos tiempos de bajo vuelo de las almas, el Alcázar de Toledo es para toda la Humanidad un lugar de ejemplo y de redención. ¡Honor y veneración a los héroes, por los siglos de los siglos! (29).

El héroe por antonomasia del Alcázar fue el coronel Moscardó, halagado sin medida y cuya biografía fue «reconstruida» a partir de la feliz circunstancia que le llevó de oscuro coronel a héroe nacional.

Moscardó, un hombre con pátina de historia, que vale por la mejor ejecutoria. Que ha merecido en vida un puesto de honor en el museo de las glorias hispánicas y que se eternice su nombre en el duro bronce de los siglos. Figura excelsa que resume todo el dolor y toda la esperanza de esta España que, en el año 1936, subió al calvario de la guerra para alcanzar las cimas luminosas y triunfales de su liberación (30).

---

(29) MANUEL AZNAR: *Historia militar de la Guerra de España (1936-1939)*, Idea, Madrid, 1940, págs. 183-184. Con estos antecedentes no es de extrañar que, más adelante, publicara la obrita sobre el Alcázar ya citada. Una vez más queda claramente de manifiesto que los conversos son los menos indicados para escribir objetivamente sobre su fe primera. A pesar de pretender ser, en declaración del autor, una simple historia militar referida apenas a las operaciones militares se arranca con esta contundente afirmación: «El Movimiento militar y popular español de 18 de julio de 1936 no fue un "pronunciamiento".» Considerar que unos Jefes y Oficiales del Ejército se alzaron «frente a lo que la democracia llama místicamente "el Poder constituido"» es propio de «gentes improvisadoras e históricamente ignorantes» (pág. 11). Semejante declaración de principios sobre la base de la manipulación de los hechos y la distorsión de conceptos nos indica ya claramente lo que puede esperarse de su pluma. Los «arribistas» sin escrúpulos metidos a «historiadores» son una especie natural que brota con especial pujanza en épocas particularmente convulsas. Este voluble personaje saltó del integrista de los Nocedal al separatista de Sabino Arana; de allí brincó a Madrid abandonando su antiespañolismo rabioso para dirigir el liberal *El Sol*; tras perder la dirección del periódico «hizo las Américas» y, al advenimiento de la República, transmutó su monarquismo en ferviente republicanismismo para, a continuación, transformarse de azañista fervoroso en maurista acérrimo. Estallada la guerra civil vistió con entusiasmo el mono azul miliciano, siendo siempre el primero en saludar puño en alto. Huyó a Francia y reapareció en Zaragoza con camisa azul alzando con convicción la mano extendida al modo fascista. Desconfiaron de él sus nuevos compañeros y lo encerraron, salvándole los méritos de su hijo mayor «camisa vieja» de Falange. Volvió a huir a Francia desde donde se hizo perdonar con crónicas exaltadoras de la España nacional. Regresó a la patria para servirla desde puestos diplomáticos que siempre anheló y halagar sin medida al caudillo Franco conquistando así el espurio título de «maestro de periodistas» que le llevó a la presidencia de la Asociación de la Prensa de Madrid. Puede verse sobre este singular personaje el antológico artículo de Indalecio Prieto del 27 de abril de 1955 «Antropometría política. La ficha de un perillán» (*El Socialista*, Toulouse, 5 de mayo de 1955), escrito a raíz de la elección de Aznar como presidente de la mentada Asociación y reproducido en *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos, I*. Oasis, México, 1967, págs. 327-332.

(30) JOAQUÍN ARRARÁS y LUIS JORDANA DE POZAS: *El sitio del Alcázar de Toledo...*, op. cit., pág. 32.

A los numerosos títulos, honores y cargos recibidos, sumó otros más que J. Sem-pere Ferrero, autor de un soneto a él dedicado, se encargó de realizar:

*Glorioso general Moscardó*  
Conde del Alcázar de Toledo

Soneto

Dotado, como el Cid, de recia hombría,  
flor de lealtad y heroísmo insuperado,  
en llama vuestro amor más exaltado  
su patriotismo santo refulgía.

Con vuestro gesto de alta valentía  
que de Gloria el Alcázar ha inundado,  
en su inmortal Historia habéis entrado  
lleno de majestad y gallardía.

Erais padre a la vez que fiel guerrero,  
a vuestro hijo lo hicieron prisionero  
y víctima si vos no erais rendido...

Os sentisteis morir en tal instante,  
partido el corazón ¡pero adelante!  
y el Alcázar, al fin, no fue abatido... (31).

Como bien dice el padre Alberto Risco, «descansando en la confianza divina, los sitiados, en su misma lucha y en el ardor de ella, se sintieron músicos y se sintieron poetas». El comandante Alfredo Martínez Leal compuso un poema que gustó mucho e incluso se cantaba frecuentemente, pues el maestro Martín Gil, director de la banda del Alcázar, le puso música. Decía así:

Cantemos del Alcázar las glorias de la raza.  
Cantemos con orgullo sus rasgos de valor;  
a fin de que resurja grandiosa nuestra España,  
con plétora de vida y espléndida de honor.

Luchemos con denuedo  
y llenos de vigor:  
rompamos el asedio  
con ímpetu y ardor.

Heroicos militares, intrépidos paisanos,  
templemos los aceros al rudo pelear.  
Juremos no rendirnos, diciendo a los tiranos:  
¡Nosotros a la Patria, tenemos que salvar!

---

(31) *Museo del Ejército del Alcázar de Toledo. Sala del Asedio.*

Traidores y farsantes  
que negáis la Religión  
y albergan vuestros pechos  
el rencor y la pasión;  
no olvidéis que en la contienda  
se decide el porvenir  
y por eso lucharemos  
ya dispuestos a morir.

Esas bombas y granadas  
que nos tiran sin cesar,  
están volando nuestro Alcázar  
no lo pueden derribar.  
La victoria está cercana  
y precisa combatir  
demostrando a los rufianes  
que podemos resistir.

Valerosos defensores del Alcázar: ¡Viva España! (32).

Con independencia del valor y capacidad de resistencia mostrados por los asediados del Alcázar y el mérito que por tal le corresponde a su jefe parece evidente que es la famosa conversación telefónica y circunstancias colaterales las que elevaron a Moscardó a cotas de gloria que difícilmente pudo imaginar. Dicha conversación tuvo lugar entre el coronel Moscardó y el pretendido jefe de las milicias toledanas. Se trata del plato fuerte del museo del Alcázar toledano. Se ha conservado la habitación tal y como estaba, tras la liberación de la fortaleza, en estado ruinoso y sombrío. La pared está sembrada de textos que reproducen la conversación en numerosos idiomas que, incluso, pueden ser escuchados igualmente en diversas lenguas. El mural de mármol que la reproduce, bajo el águila imperial, el yugo y las flechas y las columnas de Hércules que conformaban el escudo del anterior régimen, dice así:

23 DE JULIO DE 1936

CONVERSACIÓN CELEBRADA POR TELÉFONO ENTRE EL ALCÁZAR  
DE TOLEDO Y LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL, POR EL CORONEL  
D. JOSÉ MOSCARDÓ, SU HIJO LUIS Y EL JEFE DE MILICIAS

EL JEFE DE MILICIAS

Son VV. los responsables de las matanzas y crímenes que están ocurriendo. Le exijo que rinda el Alcázar en un plazo de diez minutos y de no hacerlo así, fusilaré a su hijo Luis, que le tengo aquí en mi poder.

---

(32) Cit. por ALBERTO RISCO, S.J.: *La epopeya del Alcázar de Toledo*, op. cit., págs. 140-141.

EL CORONEL MOSCARDÓ  
EL JEFE DE MILICIAS

Lo creo.

Para que vea V. que es verdad, ahora se pone su hijo al aparato.

LUIS MOSCARDÓ  
EL CORONEL MOSCARDÓ  
LUIS MOSCARDÓ

Papá.

¿Qué hay hijo?

Nada. Que dicen que me van a fusilar si no rindes el Alcázar.

EL CORONEL MOSCARDÓ

Pues encomienda tu alma a Dios, da un grito de ¡Viva España! y muere como un patriota.

LUIS MOSCARDÓ  
EL CORONEL MOSCARDÓ  
EL CORONEL MOSCARDÓ,  
dirigiéndose al Jefe de milicias

Un beso muy fuerte. Papá.

Un beso muy fuerte. Hijo mío.

Puede ahorrarse el plazo que me ha dado, puesto que el Alcázar no se rendirá jamás (33).

En su momento, se hicieron circular versiones aún más heroicas, como la del ABC de Sevilla que, en su edición del 30 de septiembre de 1936, aparte de fijar la conversación telefónica el 3 de septiembre y decir el cronista que había recogido su información «de labios de los defensores», apostillaba la conversación añadiendo otra falsedad más: «Momentos después, ante los muros del Alcázar, caía fusilado a balazos el hijo del Coronel.»

Esta conversación, el famoso y lacónico parte de novedades dado por el coronel Moscardó al general Franco: «Sin novedad en El Alcázar», que dio título aquí a una famosa película, *L'Assedio dell'Alcazar* (1940), dirigida por Augusto Genina (34) [en donde se oye el disparo a través del auricular (35)], el comentario de Franco de

(33) *Museo del Alcázar de Toledo*. Despacho del general Moscardó.

(34) El director italiano dijo en un artículo titulado «Por qué he realizado "Sin novedad en el Alcázar"». (*Primer Plano*, núm. 3. Madrid, 3 de noviembre de 1940), que la película era una respuesta a «El acorazado Potemkin», «film de la revolución destructora» frente al suyo que lo era de la «revolución constructiva». El rodaje en Cinecittà estuvo precedido de seis meses de preparativos y contó con asesores militares españoles. Obtuvo la Copa Mussolini en la *Mostra de Venecia* en 1940 e incluso fue elogiado por críticos tan exigentes como Michelangelo Antonioni. El éxito de este film típico de propaganda (milicianos con caras patibularias fusilando a un oficial del Alcázar de rostro angélico, etc.) se debe, como ha explicado un reputado historiador del cine, a que su estructura narrativa se fundamenta en «el maniqueísmo del western y, más precisamente, del western basado sobre el modelo de "fuerte asediado", lo que permite a Genina desarrollar la bipolaridad soldados/indios según un nuevo registro político: interior asfixiante/exterior potente, sacrificio/abuso sádico, orden y disciplina/desorden y anarquía, noble heroísmo/vulgaridad plebeya y martirio/tiranía. En el interior del Alcázar había centenares (*sic*) de rehenes civiles, pero Genina omite maliciosamente esta información esencial (ya que tales rehenes civiles impidieron ataques republicanos más drásticos) y unifica en una causa común a los militares y a los civiles, tanto a los voluntarios como a los rehenes, como si todos formasen parte de una gran familia política unida y asediada por un enemigo común». Véase ROMÁN GUBERN (1936-1939: *La guerra de España en la pantalla. De la propaganda a la Historia*. Filmoteca Española, ICAA, Madrid, 1986, págs. 86-87).

(35) Hay una abundantísima literatura de circunstancias que se hace eco del mito de la ejecución inmediata o que incluso afirma que se oyó el disparo a través del teléfono. HENRI MASSIS y ROBERT BRASILLACH, propagandistas franceses de Franco, fueron de los primeros en afirmar tal en su obra sobre los cadetes del Alcázar, donde dicen que todavía con el auricular en la mano Moscardó oyó la descarga

que nada había ambicionado tanto como liberar El Alcázar, la analogía con Guzmán «El Bueno» y el sitio de Tarifa fueron, sin duda, factores muy importantes, junto con la capacidad de resistencia de los defensores de la fortaleza, para ir configurando el mito, la leyenda y la simbología del Alcázar de Toledo como paradigmática de la mitología franquista.

A pesar del tiempo transcurrido desde entonces y los particulares avatares políticos por los que ha ido atravesando España y la misma ciudad de Toledo, la leyenda y la mitología, no ya del Alcázar sino de la guerra civil misma en general desde la perspectiva de los vencedores permanece, hoy por hoy, plenamente vigente sin que el fin de la dictadura y más de veinte años de régimen democrático sean, al parecer, *tempo histórico* suficiente para revisar la imaginería propagandística que generó el régimen de Franco. A pesar del tiempo transcurrido permanecen sólidamente anclados a los muros de la imperial Toledo signos inequívocos del maniqueísmo y sectorismo que caracterizó a la propaganda franquista.

Así en la cuesta del Alcázar, llamada hoy *Cuesta de Carlos V*, todavía en la plaza de Zodocover permanece fijada a sus muros una lápida con el escudo del régimen anterior y aditamentos ornamentales propios de la época (remaches y laureles) con la siguiente inscripción:

AL HEROICO GENERAL  
D. JOSÉ MOSCARDÓ  
LA CIUDAD IMPERIAL  
Año MCMXL

Y en la calle Alfonso XII, una lápida de exactas características reza: A CALVO SOTELO/PRIMER MÁRTIR DE LA CRUZADA NACIONAL/LA CIUDAD IMPERIAL/MCMXL, sin que ninguna circunstancia lógica pueda justificar tal.

La ocupación de Toledo no es ya que se hiciera a sangre y fuego («más de cuatrocientas bajas y varios cientos de prisioneros» (36), fue el tributo pagado por los resistentes), es que fue especialmente brutal.

Como ocurriera en Badajoz, las fuerzas liberadoras al mando de «santos cruzados» como el famoso «El Mizzian» o el no menos famoso Rolando de Tella (Helf Tella Cantos), rápidamente nombrado Jefe militar de la Plaza, permitieron las violaciones y la rapiña a las tropas a su mando (legionarios y regulares). Tras la toma del Hospital Tavera, situado en las afueras de la ciudad, fueron fusilados sobre sus propios camastros más de cien heridos y enfermos que no habían podido ser evacuados. Igualmente, de la Maternidad toledana fueron sacadas no menos de veinte

---

que acabó con su hijo (*Les Cadets de l'Alcázar, op. cit.*, págs. 2-3). Fue tal el éxito de la propaganda franquista sobre el Alcázar que semejante versión aún habría de mantenerse durante muchos años y, de hecho, todavía está muy extendida.

(36) Véase C. G. ORTIZ DE VILLAJOS: *De Sevilla a Madrid...*, *op. cit.*, pág. 140. Cifra que, probablemente, le proporcionaría al autor el comandante Castejón, uno de los mandos que ocuparon Toledo.

mujeres embarazadas que fueron rápidamente transportadas al cementerio municipal de Toledo donde fueron fusiladas (37).

No hay, que yo sepa, la más mínima constancia, lápida equivalente, inscripción similar que recuerde a las víctimas de la represión franquista en Toledo, que ya desde el mismo momento de la ocupación de la ciudad fue terrible. Tras la liberación de El Alcázar, sólo en el mes de octubre de 1936 fueron fusiladas 835 personas y, concluida la guerra, mueren en prisión y son ejecutados: 96 en 1939, 168 en 1940, 84 en 1941, 43 en 1943, 18 en 1944, 6 en 1945... (38).

#### LOS HECHOS: CHANTAJE, BOMBARDEO Y «SACA»

En julio de 1936 la máxima autoridad militar de Toledo, por ausencia de su titular, era el coronel José Moscardó, Director de la Escuela Central de Gimnasia desde 1931. Si bien había seguido atentamente los planes conspirativos contra el régimen republicano, no llegó a comprometerse formalmente (tampoco tuvieron sus compañeros especial interés en contar con él). Sin embargo, al desoír las órdenes de Madrid que le instaban a enviar las armas y municiones existentes en la Fábrica de Armas, encerrarse en la fortaleza y conseguir resistir con éxito empezó a crear las circunstancias que hicieron posible convertir a un oscuro coronel en un héroe legendario de la España franquista (39).

Toledo era una importante guarnición militar pues disponía, aparte de la mentada fábrica, de la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia sita en la fortaleza del Alcázar.

Moscardó, a las 7 de la mañana del 21 de julio, proclama en Toledo y su provincia el estado de guerra en el patio del Alcázar donde establece la Comandancia Militar y adonde también se ha trasladado al gobernador civil y su familia (40). Ya ese mismo día se producen las primeras escaramuzas entre sus hombres y milicianos desplazados desde Madrid y la columna mandada por el general José Riquelme.

---

(37) ISABELO HERREROS: *El Alcázar de Toledo. Mitología de la cruzada de Franco* (Prólogo: Herbert Southworth), Vosa, Madrid, 1995, pág. 75.

(38) *Ibidem*, Apéndice I «La represión nacionalista en cifras», págs. 95-99.

(39) Su figura es toda una creación propagandística del Franquismo. Coronel de 57 años entonces, había ascendido a tal bajo la dictadura de Primo de Rivera, y no se había distinguido hasta el momento por actos de especial relevancia: acciones de guerra u otros méritos. Sin embargo, gracias a la gesta del Alcázar se vio generosamente recompensado. Fue nombrado por Franco Jefe de su Casa Militar, Canciller de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas Rojas, Jefe Nacional de Milicias, alcanzó el grado de Teniente General del Ejército y Capitán General de Cataluña y Andalucía, fue presidente del Comité Olímpico Español, procurador en Cortes, Vocal del Consejo Nacional de Educación, Consejero del Patronato de Apuestas Mutuas Deportivo-Benéficas, Consejero Nacional del Movimiento, Delegado Nacional de Deportes, se le concedió la laureada de San Fernando y se le otorgó el título de Conde del Alcázar de Toledo. A su muerte en 1956 fue enterrado en la cripta de los caídos del Alcázar.

(40) GENERAL MOSCARDÓ: *Diario de Operaciones del coronel Moscardó* (día 21 de julio, martes).

Moscardó se encierra en el Alcázar con más de un millar de hombres, 100 jefes y oficiales, unos 800 guardias civiles de toda la provincia que se habían concentrado en Toledo por órdenes de su jefe el teniente coronel Pedro Romero Basart, unos 150 soldados, unos pocos cadetes, pues se encontraban de vacaciones, y unos 200 civiles y voluntarios (falangistas y afiliados a las JAP fundamentalmente). Moscardó ha tomado unos cuantos rehenes y le acompañan algunos familiares de los que han optado voluntariamente por refugiarse en la fortaleza. Antes de que la Fábrica de Armas cayera en manos republicanas Moscardó hace buen acopio de armas, municiones (dispuso de un millón de cartuchos) y víveres.

Al día siguiente del encierro, a las 10 de la mañana del 23 tuvo lugar la famosa comunicación telefónica con El Alcázar y se desarrolló la conversación entre padre e hijo que tanta tinta ha hecho correr por parte de los hagiógrafos franquistas más floridos. Moscardó mismo no pudo, sin embargo, ser más pudoroso y su versión contrasta fuertemente con las de los propagandistas más vehementes. El coronel Moscardó relató así el suceso en el Diario que, como Comandante militar de una plaza sitiada y de acuerdo con las ordenanzas militares, tenía obligación de redactar cotidianamente y que, sin embargo, existen fundadas dudas de que lo redactara él directamente, como lo prueba el estilo indirecto utilizado, muy impropio de un pretendido diario que busca instintivamente la primera persona (probablemente lo haría su ayudante):

A las diez horas, el jefe de las milicias llamó al Comandante militar, notificándole que tenía en su poder un hijo suyo y que le mandaría fusilar si antes de diez minutos no nos rendíamos, y para que viese era verdad, se ponía el hijo al aparato, el cual, con gran tranquilidad, dijo a su padre que no ocurría nada, cambiándose entre padre e hijo frases de despedida de un gran patriotismo y fervor religioso. Al ponerse al habla el Comandante Militar con el jefe de las milicias, le dijo que podía ahorrarse los diez minutos de plazo que le había dado para el fusilamiento de su hijo, ya que de ninguna manera se rendiría el Alcázar (41).

Y eso es todo. Ni se oyó el disparo del otro lado del teléfono ni el mismo Moscardó pensó que pudieran los milicianos de Toledo llevar a cabo sus amenazas (Moscardó conocía a Cándido Cabello desde antes de encerrarse en el Alcázar), como lo demuestra palpablemente el hecho de que se sorprendiera cuando, nada más abandonar la fortaleza, le dieron el pésame por la muerte de su hijo (42). Y, efectivamente, no se cumplieron dichas amenazas. Su hijo será fusilado, en otro contexto, como una víctima anónima más de las tantas que hubo en la guerra, un mes más tarde, el 23 de agosto, junto con otros presos que fueron objeto de una «saca» ante

---

(41) GENERAL MOSCARDÓ: *Diario de Operaciones* (día 22 de julio, miércoles). ¿Por qué el mismísimo protagonista de los hechos nunca «reconstruyó» para los «historiadores» oficiales del Franquismo la famosa conversación que mantuviera con su hijo?

(42) Véase Comandante BENITO GÓMEZ OLIVEROS (con la colaboración del teniente general JOSÉ MOSCARDÓ): *General Moscardó (sin novedad en el Alcázar)*, AHR, Barcelona, 1956, pág. 221. Si se sorprendió, obviamente es que la ignoraba.

la Sinagoga del Tránsito, como represalia de un bombardeo de la aviación rebelde sobre la ciudad que provocó víctimas inocentes, entre las que se encontraban varias mujeres y niños (matices y circunstancias que la propaganda franquista, obviamente, se encargó de ocultar celosamente). Todos esos matices y circunstancias confieren al suceso una perspectiva radicalmente nueva que imprime al lamentable episodio un sesgo bien diferente del presentado por la hagiografía franquista durante medio siglo.

Además, la propia literatura pro-franquista se hizo eco casi en el mismo momento (1937) de las circunstancias de esta saca a consecuencia de la cual Luis Moscardó fue fusilado (43), algo que el mismo Aznar sabía perfectamente cuando publicó su folleto (44), si bien la propaganda franquista se encargó de ocultarlo y de seguir alimentando la leyenda con mentiras, manipulaciones y silencios como que, a la «dramática» conversación (si estaba en juego la vida del hijo, si no, la fingida tensión desaparece), le siguió la inmediata ejecución.

La famosa conversación ha sido objeto de una amplísima controversia cuya mera glosa nos llevaría muy lejos y resulta ya, historiográficamente, inútil. La conversación tuvo lugar, algo que negaron al principio algunos comentaristas con bastante lógica sobre la base de las declaraciones del general Riquelme, responsable de las fuerzas atacantes republicanas, quien afirmó que el cable telefónico fue cortado el 22 de julio, justo la víspera de la famosa conversación, imposibilitando cualquier tipo de comunicación con los encerrados en el Alcázar. La negativa tenía pues su lógica (si había sido cortada la línea, ¿cómo iba a haber tenido lugar la conversación?) y no resulta sorprendente que se pensara que fue un montaje propagandístico, ignorantes, según parece, de que las líneas de la luz y del teléfono fueran paralelas y de que el corte de la una no significaba el corte de la otra.

Muchos años después, en 1968, apareció un inusitado testigo, José Luis Fernández Cela, que era telefonista de la Academia en 1936, corroborando la versión franquista. Llama la atención que el curioso testigo (estaba prohibido escuchar las conversaciones) no supiera con quién habló Moscardó. Parece lógico que, al recibirse la llamada, se preguntara que quién la hacía para así comunicárselo a su destinatario.

---

(43) Así, JOAQUÍN ARRARÁS y LUIS JORDANA DE POZAS escriben: «Por aquellos días habían volado unos aviones nacionales sobre Toledo, que atacaron objetivos militares; tan mal les sentó la visita a los milicianos, que, encolerizados por aquel ataque e incapaces de responder con una reacción ofensiva, decidieron tomar venganza en los prisioneros y así fueron a la cárcel, de donde hicieron la que ellos denominaban "saca", que consistió en reunir a más de cuarenta detenidos, los más significados, a los que condujeron a la sinagoga del Tránsito y a algunos callejones para ser fusilados. Entre los condenados figuraba Luis Moscardó (...) La matanza de rehenes tuvo lugar el 14 de agosto» (*El sitio del Alcázar de Toledo...*, op. cit., pág. 25). Lo que se encargan de ocultar debidamente es que entre los «objetivos militares» hubo mujeres y niños que, lógicamente, desataron la cólera popular y que, no obstante, se defendió gallardamente (milicias republicanas, socialistas y comunistas) la cárcel del asalto de los denominados «aguiluchos» (anarquistas) para evitar dicha «saca» que, finalmente, no pudo ser evitada ante el mayor número y potencia de fuego de los asaltantes.

(44) MANUEL AZNAR: *El Alcázar no se rinde...*, op. cit., pág. 27.

El interlocutor, según la versión supuestamente oficial de los hechos, había sido Cándido Cabello, un miliciano que estaba al mando de unas milicias socialistas y comunistas según la versión que el «concienzudo» historiador Manuel Aznar había hecho circular en su conocido panfleto, conceptuado de «plenamente convincente» por el no menos concienzudo Ángel Palomino (45). El supuesto coprotagonista de la conversación había muerto en 1938, imposibilitando así que pudiera contradecir la versión del «maestro de periodistas» reconvertido a historiador a tiempo parcial.

No fue *uno* sino que fueron *varios* los interlocutores como pone de manifiesto otro testigo, Bernardino García-Rojo, éste del otro lado del hilo telefónico. Aparte de él, también conversaron con Moscardó, Cándido Cabello y Malaquías Martín-Macho (46).

Según este testigo, los hechos conocidos adquieren una nueva perspectiva, al afirmar que cuando se puso al teléfono Luis Moscardó, el diálogo fue, más o menos, así:

|          |   |
|----------|---|
| LUIS     | Papá, piensa bien en lo que estás diciendo y haz caso de sus indicaciones, pues me pueden matar a mí.                     |
| MOSCARDÓ | Pues bien, es lo que haría yo con los cobardes como tú, Luis, y me quedaría el recuerdo de que por cobarde te han matado. |

«El muchacho comenzó a llorar y yo le dije que se tranquilizara, que no se preocupase porque no le iba a suceder nada, que con todo lo que creyera su padre, no le pasaría nada y que ni a él ni a nadie íbamos a matar» (47).

Como puede verse, ambas versiones, más que importantes contradicciones, ofrecen muy diferentes interpretaciones de tono y de talante de los interlocutores implicados, lo que dificulta una «reconstrucción» convincente de la famosa conversación. Pero da igual. No es el valor del coronel resistiendo ni la gallardía o el humano temor del hijo lo que está en discusión, sino la indiscutible realidad de que no fue fusilado entonces, inmediatamente, *circunstancia* sobre la que se montó toda la parafernalia propagandística del Franquismo en torno a este suceso tendente a mostrar la vesania de los milicianos, la superioridad del honor militar frente al amor paternal del jefe de la resistencia y la gallardía de su hijo ante un trágico e inevitable destino. El hijo de Moscardó —pura, simple y trágicamente— no fue fusilado ni por hijo de héroe, ni por su identificación con la causa de su padre, ni por cualquier otra falaz explicación. Lo fue anónimamente, entre otras muchas víctimas inocentes, como ocurre en cualquier guerra, a consecuencia de una dramática circunstancias: una «saca» de represalia por un bombardeo junto con otras víctimas casuales y puramente circunstanciales.

(45) ÁNGEL PALOMINO: *Defensa del Alcázar...*, *op. cit.*, pág. 321.

(46) Véase ISABELO HERREROS: *El Alcázar de Toledo...*, *op. cit.*, cap. II: «Un teléfono para la historia», págs. 25-42.

(47) *Ibidem*, págs. 34-35.

Se presenta ahora la reciente publicación de algunas cartas de Moscardó escritas desde El Alcázar a su mujer (que habían permanecido inéditas) como si fuesen una trascendental fuente que ofreciera una nueva y esclarecedora versión de los hechos ya perfectamente establecidos. Aquí cabe parecido interrogante al anteriormente planteado: ¿Por qué no se pusieron en su momento a disposición de los abundantes glosadores de la épica del Alcázar? Por una razón bien sencilla: porque no sólo no añaden nada sustancial a lo historiográficamente establecido sino que corrobora la convicción del coronel Moscardó de que su hijo *no sería fusilado*. El coronel le comenta así a su mujer el suceso apenas transcurridos dos días de la conversación:

No te quiero decir la amargura que tengo sabiendo que nuestro hijo está en poder de esa gente. Ya sabrás que el jefe me llamó por teléfono el día 23 [la anotación del diario es del 22] y me dijo que si en el término de diez minutos no nos rendíamos, lo mandaba fusilar, y por si yo dudaba, le hizo venir al teléfono y hablara conmigo para convencerme de que era él. Excuso decirte, mi hijo de mi alma, me habló con voz tranquila [manifiesta contradicción con las versiones oficiales divulgadas plenas de fervor místico y patriótico], y yo espero que no sean tan crueles que quieran vengarse en la persona de mi hijo, completamente inocente en esta causa, y no pase de una amenaza, pero no obstante no puedo estar confiado (48).

#### CONSIDERACIONES FINALES

Hay algunas importantes consideraciones que hacer aquí, no por obvias, innecesarias. La revisión crítica de la mitología política del Franquismo no lleva implícita la artera voluntad de ensombrecer determinados actos de heroísmo en función del color político de que se hallan revestidos. Pero, cuando determinados acontecimientos han sido propagandísticamente distorsionados durante tanto tiempo obedeciendo a un inequívoco ánimo político maniqueo de mistificar la realidad estricta de los hechos, es responsabilidad ineludible de cualquier científico social depurar los hechos con la máxima pulcritud de que sea capaz. Esta cuestión de la falsificación permanente de la Historia y su consecuente y continua revisión, por ser precisamente algo tan viejo como el mundo y no hacer distinciones ideológicas, resulta particularmente fascinante (49).

De lo que se trata es de separar el trigo de la paja, como dijera el «bellaco» —según Ángel Palomino— periodista Herbert L. Mathews en su libro *El Yugo y las Flechas* que tantas iras despertó en los franquistas de entonces, como Manuel Aznar,

(48) Carta del coronel Moscardó fechada en el Alcázar de Toledo el 25 de julio de 1936, reproducida por BULLÓN DE MENDOZA y TOGORES: *El Alcázar...*, *op. cit.*, pág. 125.

(49) Véase al respecto, apenas a modo de apunte, el ilustrativo artículo de JUAN GOYTISOLO «Los mitos fundadores de la nación» (*El País*, Madrid, 14 de septiembre de 1996, págs. 11-12) y, para una más amplia consideración, MARC FERRO: *Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

y, según parece, en los de ahora, como el mentado Ángel Palomino a juzgar por el «historiográfico» adjetivo que le dedica. A pesar de la carga de pasión con que se vivió la guerra civil, Mathews tuvo la gallardía de corregir su versión del Alcázar (50) —algo que Aznar, uno de los grandes constructores de la mitología en torno al asedio, jamás se dignó hacer— y, desde luego, Mathews acertaba plenamente, entonces y después, al decir que:

There are lots of true stories about the Spanish Civil War that remain to be told by the historians of future generations. Only they will be able to sift the wheat from the chaff, the true from the false, to weigh the good and the bad, to lay the blame or met out the praise. We are too close to it. Many facts are not available, and those we have are clouded by our emotions (51).

Extinguidos —esperamos— los últimos rescoldos de la propaganda, hay que decir en honor de la Historia que Luis Moscardó hijo, que era funcionario de Obras Públicas del Ayuntamiento toledano, hombre de talante liberal, no se llevaba bien con su padre con el que discutía a menudo por su cerrado conservadurismo y espíritu autoritario. Estas circunstancias obligan a cuestionar, al menos en sus versiones más oficiales, si no el contenido de la conversación mantenida entre padre e hijo, sí su *tono*, incluido el que utiliza Moscardó en su correspondencia con su mujer, muy probablemente para no angustiarse o, cuando menos, considerar dichas circunstancias con cierto escepticismo.

No existiendo grabaciones de la conversación resulta imposible saber *ad pedem litterae* lo que se dijeron padre e hijo. Una satisfactoria reconstrucción *a posteriori* no es fácil cuando no se hizo en su momento. ¿Por qué? Tenemos la versión oficial y la que puede deducirse sobre la base de varios testimonios y, como se ha visto, son fuertemente contradictorias. La primera ha sido tan machaconamente difundida por la propaganda que resulta prácticamente imposible hurtarse a su influjo. De

---

(50) Dice MATHEWS: «The publication of the first edition of *The Yoke and the Arrows* in 1957 caused a furor in Spain because of a brief passage on the Alcázar of Toledo, casting doubts on the official version of the story of the siege. The passage was of no importance to the book as a whole and must have gone almost unnoticed outside of Spain, but me was largely wrong, although sincerely tendered and believed, this passage has been rectified.» (La publicación de la primera edición de *El Yugo y las Flechas* en 1957 causó furor en España porque en un breve pasaje sobre el Alcázar de Toledo, arrojaba dudas sobre la versión oficial de la historia del asedio. El pasaje no tenía importancia en el conjunto del libro y debería haber pasado casi inadvertido fuera de España, pero yo estaba completamente equivocado, aunque expuesto con sinceridad y convicción, este pasaje fue rectificado.) HERBERT L. MATHEWS: *The Yoke and the Arrows. A Report on Spain*, George Braziller, New York, 1961 (revised edition), pág. 14 (la traducción es mía).

(51) «Hay un montón de historias auténticas sobre la Guerra Civil española que deberán ser contadas por los historiadores de generaciones futuras. Sólo ellos serán capaces de cribar el trigo de la paja, lo verdadero de lo falso, sopesar lo bueno y lo malo, echar la culpa o dosificar el elogio. Nosotros estamos demasiado cerca para ello. Muchos hechos no pueden todavía ser establecidos, y aquellos que lo están se encuentran enturbiados por nuestras emociones» (HERBERT L. MATHEWS: *The Yoke and the Arrows. A Report on Spain*, George Braziller, Inc., New York, 1957, pág. 201, y 225 en la edición citada de 1961; la traducción es mía).

acuerdo con la más pura lógica es muy difícil aceptar que la famosa conversación se desarrollara en los términos heroicos que la propaganda oficial y adláteres se han empeñado en sostener pero, en tanto que estudiosos objetivos, tampoco podemos rechazarlo con la misma contundencia con que los propagandistas y hagiógrafos del régimen anterior hacen lo contrario.

La versión de Luis Bernardino García-Rojo resulta verosímil en algunas de sus partes. ¿Cuál es la verdad exacta de lo que allí se dijo? Que el hijo de Moscardó se desplomara moralmente en la creencia de que iba a ser fusilado —recuérdese el caso de García Lorca—, simplemente, humanizaría al hijo y, para el caso del padre, no hace sino reflejar la mentalidad militar propia de la época impregnada toda ella del fascismo rampante. Pero ya hemos dicho que no es esa íntima actitud ante una muerte posible, probable o improbable la que aquí interesa.

En conclusión:

1.º El Alcázar era una sólida fortaleza y ofrecía excelentes condiciones para resistir un asedio. Franco se percató del impacto propagandístico que su liberación podía provocar en su beneficio, en aquellas fechas en que estaba sustanciándose el mando único, al que él era el más firme candidato, y desoyendo a sus más íntimos consejeros [Yagüe, Kindelán, Barroso... (52)], decidió acudir en su ayuda instrumentalizando el hecho como arma propagandística.

2.º El Alcázar no fue defendido apenas por un puñado de cadetes como exclamó a los cuatro vientos la propaganda para ensalzar aún más su resistencia (fueron exactamente nueve: ocho de infantería y uno de Caballería los que, por casualidad, allí se encontraban, estando todos los demás de vacaciones), sino por 1.197 hombres (53) combatientes, de los cuales 800, el núcleo fundamental, eran guardias civiles, cuyo papel —por cierto— el mismo Franco intentó minimizar.

3.º Los atacantes no fueron «25.000 fieras marxistas», como decía el concienzudo historiador Manuel Aznar, sino 2.320 como están perfectamente enumerados en la bibliografía al uso, aunque hasta en la literatura más *oficial* se dijera que «el número de asaltantes, según referencias ascendió a 10.000» (54).

---

(52) Comentarios críticos más que conocidos y citados sobre una decisión más política que militar y, por ello, tremendamente controvertida. Véase, al respecto, PAUL PRESTON: *General Franco as military leader*, The Transactions of The Royal Historical Society, 6th Series, vol. 4, London, 1994, pág. 29. El mismo PRESTON lo reitera en su monumental *Franco, «Caudillo de España»*, Grijalbo, Barcelona, 1994, pág. 225.

(53) Cifra oficial correspondiente a combatientes militares y civiles del Alcázar estampada en sus propios muros que, junto con el personal no combatiente: hombres, 33; mujeres, 328 y niños, 210, más los dos nacidos durante el asedio, suman el total de 1.770. Las bajas sumaron un total de 148, así desglosadas: combatientes muertos en la defensa, 94; combatientes muertos a consecuencia de heridas, 10; fallecidos de muerte natural, 9 y desertores, 35. Por lo que el neto total sería de 1.622 (*Museo del Ejército del Alcázar de Toledo*. Sala del Asedio).

(54) Cifra que hace constar el coronel de Infantería Luis de Martín-Pinillos y Blanco de Bustamante, Juez Instructor del expediente de juicio contradictorio instruido para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando, colectiva, a las fuerzas que intervinieron en la defensa del Alcázar de Toledo (Orden general de 12 de enero de 1937 dada en Salamanca, *B.O.E.*, núm. 100, Burgos, 28 de enero de 1937, pág. 237).

4.º Luis Moscardó no fue un adolescente impregnado de mística sacrificial que sirviera para emular el caso de Guzmán «El Bueno», sino un joven que se llevaba mal con su padre con quien discutía de política encendidamente. Probablemente tuvo miedo de morir, algo, huelga aclararlo, en absoluto indigno y tremendamente humano en cualquier caso. Fue víctima de una saca colectiva un mes más tarde como represalia a un bombardeo franquista que provocó varios muertos (entre los cuales mujeres y niños) y, por consiguiente, su muerte está desconectada por completo de la conversación mantenida con su padre, con lo que *el mito sacrificial queda totalmente pulverizado*.

5.º Jamás se habla de los rehenes republicanos —hecho persistentemente negado por los propagandistas de Franco— que secuestraron los sitiados y fusilaron en el propio Alcázar, utilizando sus cadáveres para tapar huecos dejados por los bombardeos. No digamos los espantosos actos de barbarie a que se abandonaron los regulares que ocuparon Toledo y la brutal represión que siguió a la ocupación de la ciudad.

En definitiva, los mitos desempeñan una evidente función integradora en comunidades primitivas o en determinadas circunstancias particularmente excepcionales tal cual una guerra y su inherente necesidad de justificación y propaganda de la propia causa. Es natural que una guerra civil genere abundantes mitos políticos en uno u otro bando, y es igualmente natural y lógico que los investigadores acometan su análisis con categorías científicas, sin que pueda deducirse en modo alguno de tan escrupulosa actitud profesional el más mínimo ánimo o voluntad de ofender a nada ni a nadie como pretende todavía algún que otro franquista o neofranquista o francófilo beligerante, más imbuido de su faceta de ex combatiente en 1936 —o heredero de valores e ideologías de entonces— que de la de ciudadano de 1998.

Lo que de verdad ofende a la inteligencia, en vísperas de celebrar el veinte aniversario de la Constitución más democrática que ha conocido la Historia de España, es la persistencia en la distorsión propagandística en favor de una dictadura, ya desaparecida, por parte de algunos aficionados. Sorprende la mitificación de la cruel guerra que la hizo posible y abrió una profunda sima entre los españoles. Desconcierta la exaltación retrospectiva de un mediocre caudillo con la que algunos escritores de profesión pretenden pasar por historiadores pese a los hechos tozudos que establece la historiografía especializada y rigurosa. Acaba por irritar su empeño en mitificar y dotar de algún tipo de carisma (al igual que otros casos del presente más inmediato), a pretendidos personajes autopresentados como «salvadores de la patria» pero que todo lo condicionaron a su único y exclusivo interés personal y que, en realidad, sólo existen en su desbordada y mediocre capacidad fabuladora muy propia de su condición de malos novelistas.

La guerra civil española fue una guerra especialmente apasionada por multitud de circunstancias tanto internas como externas. El análisis de la misma y sus consecuencias políticas, la instauración de una de las dictaduras más duraderas del mundo contemporáneo, han estado sometidos durante demasiado tiempo a impulsos fuertemente emocionales. Desde luego ya es llegada la hora de rechazarlos (lo que no

implica no entenderlos) y abordar el análisis y estudio riguroso de la misma desde categorías lógicas y exclusivamente racionales, como de hecho ya se viene haciendo sin prisas pero sin pausa, *sine ira et studio*, a pesar de las distorsiones y manipulaciones esporádicamente provenientes de sectores ajenos a la Academia.

Como bien dijo Manuel García Pelayo, mito y razón son dos formas de estar y de orientarse en el mundo. Que cada quien elija la que más le plazca, pero, si se opta por la primera, no se puede honradamente pretender pertenecer también a la segunda sin incurrir en profundas y graves distorsiones mentales.

## BIBLIOGRAFÍA

- El Alcázar*: Periódico editado en la fortaleza toledana durante el asedio del año 1936 [colección completa de 63 números, editada por la «Hermandad de Ntra. Sra. Santa María del Alcázar», (facsimil) s.l., s.d.].
- ARRARÁS, JOAQUÍN y JORDANA DE POZAS, LUIS: *El sitio del Alcázar de Toledo*, con una introducción histórica del P. Pérez de Urbel, y el Diario de Operaciones del coronel MOSCARDÓ, Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1937.
- ARRARÁS, JOAQUÍN (Director literario); PÉREZ BUSTAMANTE, CIRIACO; SÁENZ DE TEJADA, CARLOS (Director artístico): *Historia de la Cruzada española*, Españolas, Madrid, 1939-1944 (8 vol.), tomo 5 y nueva edición en Datafilms, S.A., Madrid, 1984.
- AZNAR, MANUEL: *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*, Idea, Madrid, 1940.
- AZNAR, MANUEL: *El Alcázar no se rinde. Réplica a unas páginas del libro titulado «El Yugo y las Flechas» del escritor norteamericano Herbert L. Mathews*, Imp. Ograma, Madrid, 1957.
- BARGELES, ALBERTO: *L'Epopea dell'Alcázar*, Istituto di propaganda Libreria, Milano, 1942.
- BARRANCO GIL, JOSÉ MARÍA: *La defensa del Alcázar de Toledo*, Rodegar, Barcelona, 1965.
- BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, ALFONSO y TOGORES SÁNCHEZ, LUIS EUGENIO: *El Alcázar de Toledo: final de una polémica*, ACTAS, Madrid, 1997.
- CASAS DE LA VEGA, RAFAEL: *El Alcázar*, G. del Toro, Madrid, 1976.
- COLAS LAGUIA, EMILIO y PÉREZ RAMÍREZ, ANTONIO: *La epopeya del Alcázar*, Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1937.
- CRESPO, CARLOS F. y CRESPO, LUIS F.: *Setenta días en el infierno. La gesta del Alcázar de Toledo*, Fuerza Nueva, Madrid, 1978.
- EBY, CECIL D.: *The Siege of the Alcazar*, The Bodley Head, London, 1965.
- ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, JESÚS: *La vida en el Alcázar de Toledo*, Diario de Enríquez de Salamanca, Librería Santarén, Valladolid, 1937.
- FERNÁNDEZ TRAPIELLA, FRANCISCO JAVIER: *Una gesta: La defensa del Alcázar de Toledo (julio-septiembre de 1936)*, Eds. Ejército, Madrid, 1954.
- GIBELLO, ANTONIO: *Sin novedad en el Alcázar. La epopeya más grandiosa del heroísmo español*, Dyrsa, Madrid, 1983.
- GOMÁ Y TOMÁS, ISIDRO: *El espíritu del Alcázar*, Ed. Católica Toledana, Toledo, 1961.
- GÓMEZ OLIVEROS, BENITO (con la colaboración del teniente general José Moscardó): *General Moscardó (sin novedad en el Alcázar)*, AHR, Barcelona, 1956.

- HERREROS, ISABELO: *El Alcázar de Toledo. Mitología de la cruzada de Franco* (Prólogo: Herbert Southworth). Vosa, Madrid, 1995.
- MCNEILL-MOSS, MAJOR GEOFFREY: *The Siege of Alcázar. A history of the siege of the Toledo Alcázar. 1936*, Alfred A. Knopf, New York, 1937.
- MARTÍNEZ BANDE, JOSÉ MANUEL: *La marcha sobre Madrid*, Servicio Histórico Militar/Librería Ed. San Martín, Madrid, 1982, págs. 168-170 y 180-191.
- MARTÍNEZ BANDE, JOSÉ MANUEL: *Los asedios*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1984.
- MARTÍNEZ LEAL, ALFREDO: *El asedio del Alcázar de Toledo. Memorias de un testigo*, Ed. Católica Toledana, Toledo, 1937.
- MASSIS, HENRI y BRASILLACH: *Les Cadets de l'Alcázar*, Plon, Paris, 1936 (trad. española Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1937).
- MATTHEWS, HERBERT L.: *The Yoke and the Arrows. A report on Spain*, George Braziller, Inc. New York, 1957 y 1961 (edición revisada).
- MORENO NIETO, LUIS: *Una aventura en Toledo. La epopeya del Alcázar contada por un niño*, Diputación Provincial de Toledo, Toledo, 1962.
- MOSCARDÓ, JOSÉ: *Diario del Alcázar*. Prólogo por Joaquín Arrarás, Atlas, Madrid, 1943.
- ORTIZ DE VILLAJOS, CÁNDIDO G.: *De Sevilla a Madrid. Ruta libertadora de la columna Castejón*, Librería Prieto. Granada, 1937.
- PABLOS RAMÍREZ DE ARELLANO, MARÍA DE: *Antonio Rivera y su ambiente. Biografía de «El Ángel del Alcázar»*, Hermandad Nacional Universitaria, Madrid, 1987.
- PALOMINO, ÁNGEL: *Defensa del Alcázar. Una epopeya de nuestro tiempo*, Planeta, Barcelona, 1995.
- PEROMORO, CONDE DE: *Alcázar de Toledo: Pinceladas. Recuerdos de sus gloriosas ruinas y de su gesta grandiosa durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1936*, Ed. Católica Toledana, Toledo, 1938.
- QUINTANILLA, LUIS: *Los rehenes del Alcázar de Toledo*, Ruedo Ibérico, París, 1967.
- RISCO, ALBERTO, S.J.: *La epopeya del Alcázar de Toledo*. Relación histórica de los sucesos desde los comienzos del asedio hasta su liberación (21 de julio a 28 de septiembre de 1936). APÉNDICES. El «Diario de Operaciones» del asedio del Alcázar. Relación de los muertos y heridos y del personal que hubo en el Alcázar durante el asedio. El monumento a la gesta del Alcázar, Hermandad de Defensores del Alcázar de Toledo, Toledo, 1992 (4.ª ed.).
- RUIZ ALBÉNIZ, VÍCTOR (El Tebib Arrumi): *Florón el más preciado: Alcázar de Toledo*, Eds. España, Madrid, 1940.
- RUIZ DE AZILU, CARLOS: «El Alcázar» (*Temas españoles*, núm. 38), Publicaciones Españolas, Madrid, 1953.
- RUIZ DE SANTAYANA, JORGE: *La pequeña historia del Alcázar*, Ed. Nacional, Madrid, 1974.
- SOUTHORTH, HERBERT R.: *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza & Janés, Barcelona, 1986, págs. 92-116.
- ZEGRI, MAURO: *La epopeya del Alcázar*, Librería Santarén, Valladolid, 1937.

